

LUCAS 20,27-21,4

TEXTO

«<sup>27</sup>Pero, acercándose **algunos de los saduceos** (los que niegan que haya *resurrección*) lo interrogaron <sup>28</sup>diciendo: “**Maestro, Moisés** escribió para nosotros que si el hermano de alguien muere, teniendo mujer pero no hijos, que su hermano la tome por mujer y suscite descendencia a su hermano. <sup>29</sup>Ahora bien, eran siete hermanos. Y el primero, habiendo tomado mujer, murió sin hijos. <sup>30</sup>Y el segundo, <sup>31</sup>y el tercero la tomaron. Así sucesivamente, los siete no dejaron hijos y murieron. <sup>32</sup>Por último también la mujer murió. <sup>33</sup>Así pues, la mujer *en la resurrección*, ¿de cuál de ellos se hará mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer”.

<sup>34</sup>Y les dijo **Jesús**: “Los hijos de este tiempo se casan y las hijas son dadas en matrimonio, <sup>35</sup>pero los que han sido considerados dignos de alcanzar aquel tiempo y *la resurrección* de los muertos no se casan ni las hijas son dadas en matrimonio. <sup>36</sup>Porque no pueden ya morir; porque son iguales a los ángeles y son **hijos de Dios** al ser *hijos de la resurrección*. <sup>37</sup>Pero que los muertos *resucitan* también lo reveló **Moisés** en [el episodio de] la zarza cuando dice: ‘El Señor es el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob’. <sup>38</sup>Pero Dios no es de muertos, sino de vivos; porque todos viven por él”.

<sup>39</sup>Pero, respondiendo, **algunos de los escribas** dijeron: “**Maestro**, has dicho bien”.

<sup>40</sup>Porque no se atrevían ya a interrogarlo sobre nada.

<sup>41</sup>Pero les dijo: “¿Cómo dicen que **el Mesías** es **el hijo de David**? <sup>42</sup>Porque **David** mismo dice en el libro de los Salmos: ‘Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha, <sup>43</sup>hasta que coloque a tus enemigos como escabel bajo tus pies’. <sup>44</sup>**David**, pues, lo llama *Señor*; y ¿cómo es su hijo?”.

<sup>45</sup>Pero, al escuchar **todo el pueblo**, dijo a **sus discípulos**: <sup>46</sup>“Guardaos de **los escribas** que gustan de pasear con vestidos (ampulosos) y que aman los saludos en las plazas, los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en las cenas, <sup>47</sup>los que devoran las casas de **las viudas** con el pretexto de rezar largamente. Esos recibirán un castigo más severo”.

<sup>21</sup><sup>1</sup>Pero, alzando la mirada, vio a **unos ricos** echando sus ofrendas en el tesoro.

<sup>2</sup>Pero vio a **una viuda indigente** echando allí dos céntimos.

<sup>3</sup>Y dijo: “En verdad os digo que **esta viuda pobre** ha echado más que todos; <sup>4</sup>porque todos esos, de lo que les sobraba echaron para las ofrendas; pero ella, de lo que le faltaba dio todo lo que tenía para vivir”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (20,27-40)

- V. 27: Los nuevos interlocutores aparecen aquí como un grupo de saduceos. Como indica su nombre, afirmaban ser descendientes de Sadoc uno de los principales sacerdotes durante el reinado de David. Gracias a la reforma de Josías (hacia el 623 a.C.) los descendientes del rey

impusieron una dinastía sacerdotal en Jerusalén que consiguió dejar en inferioridad a los sacerdotes residentes en lugares diferentes a la capital, los futuros levitas. El profeta Ezequiel transmite un oráculo de Dios en favor de los «hijos de Sadoc» (Ez 44,15); se constituye progresivamente una jerarquía y se llega al sistema de solo un sumo sacerdote consagrado de por vida. Según 1Cro 5,29-41, estos sacerdotes sadoquitas pretendían ser también «hijos de Aarón» a través de su antepasado Pinjás, hijo de Eleazar y nieto de Aarón. Consiguieron entonces marginar a otro grupo de sacerdotes que también pretendían ser hijos de Aarón, pero a través de Itamar. En el momento en el que Jesús ben Sira escribe el *Eclesiástico*, el monopolio de los sacerdotes sadoquitas era indiscutible. En la época de Herodes el Grande, existía en Jerusalén una aristocracia sacerdotal de tendencia conservadora a la cual iba unida el sobrenombre de «sadoquita», en griego «saducea». Según sus doctrinas, Dios era muy poco intervencionista y los humanos, totalmente responsables; desconfiaban de la tradición oral y solo reconocían como Escritura santa la ley divina confiada a Moisés; negaban la existencia de los ángeles y los espíritus; no creían en la resurrección de los muertos.

En su evangelio, Lucas menciona a los saduceos únicamente en este pasaje; lo hace también al principio y al final del libro de los Hechos de los apóstoles. Los presenta como adversarios resueltos de la resurrección, los opone a Jesús y luego a Pablo. En los Hechos menciona también su oposición a la creencia en ángeles y espíritus. El cuadro que pinta Lucas es coherente y, sobre el punto central de la resurrección, repite la opinión de Marcos y se une a la opinión de Josefo así como a la de las fuentes rabínicas.

.- V. 28: Los saduceos llaman «maestro» a Jesús. No hay razón para sospechar en este título una muestra de halago o de hipocresía. Estos mismos saduceos son los que se empeñan en establecer un debate intelectual y de escuela. Comparada con otras disputas, la cuestión solo surgirá (v. 33) después de largos preámbulos (vv. 28-32). Citan primero lo que «Moisés ha escrito para nosotros», es decir un pasaje del Pentateuco (la única Escritura sagrada en opinión de los saduceos). Los saduceos buscaron un texto que no tenía mucha actualidad en su tiempo. Se trata de un debate interno del judaísmo. Como herederos también de los fariseos, los rabinos continuarán prestando atención a la ley del levirato. El que Lucas, aunque abierto al universalismo cristiano y a las naciones paganas, no se desinterese de esta norma se debe a su respeto por los orígenes judíos de Jesús y de la Iglesia, y porque conserva las sagradas Escrituras santas con devoción y fidelidad. La cita, sin embargo, no es exacta. Se trata más bien de un conjunto que reúne elementos de Dt 25,5 y de Gn 38,8, en su versión griega.

Para comprender esta norma, hay que recordar cuatro realidades fundamentales de la sociedad hebrea: a) la importancia de la familia, que vive agrupada la mayoría de las veces; b) la poligamia, permitida a los varones; c) la prioridad concedida a las necesidades de los varones más bien que a la de las mujeres; d) la importancia de la descendencia para asegurar la continuidad del nombre. El sistema del levirato introducido por la Ley no pretendía primariamente proteger a la viuda, sino asegurar una solución de recambio que pudiera ofrecer al varón una descendencia sin salir del círculo familiar. En la época de Jesús, al mismo tiempo que se iba imponiendo poco a poco la monogamia, la norma del levirato cayó en desuso progresivamente. Pero la Ley subsistía con toda su autoridad.

.- Vv. 29-33: Para verificar la aplicabilidad de una ley hacen falta casos concretos, situaciones de vida, ejemplos. Los saduceos escogieron el de los siete hermanos cuya misma exageración lo hace artificial. Es posible que los saduceos conservaran este ejemplo en un tiempo en que se mantenía el recuerdo de los siete hermanos mártires de la época macabea.

Que la mujer jamás hubiera tenido hijos era necesario narrativamente para permitir que la historia consiguiera su configuración final: siete hombres, ya fallecidos, habían tenido la misma esposa, que tampoco vivía ya. Estos dos puntos son los únicos que cuentan. El lector moderno

queda consternado por el androcentrismo inherente a este mandamiento mosaico y a la narración elaborada por los saduceos. El varón decide: es él quien «toma» a la mujer y el que «tiene» una mujer. Lo único que se espera de ella es que dé a luz descendencia, sobre todo varonil. Y cuando la «mujer» se convierte en sujeto gramatical de la frase, en el v. 33, es para preguntarse de quién será la esposa en la resurrección de los muertos... El giro que dará el relato con la intervención de Jesús modificará esta perspectiva mediante la evocación de una vida, en el tiempo futuro, liberada de la coacción conyugal. Sin embargo, la respuesta de Jesús no se refiere principalmente a ese aspecto. Distingue, por una parte, los «tiempos» y manifiesta, por otra, refiriéndose a Dios, la naturaleza de la «resurrección», tan a menudo mencionada.

Al leer estos versículos, llama la atención la importancia concedida a ciertos términos y temas: el varón, la mujer, los hijos, la muerte y la falta de hijos. Pero hay también, desde el principio, una palabra importante: *anástasis* («resurrección»); el vocablo se halla en las palabras del narrador (v. 27), luego en labios de los saduceos (v. 33), finalmente en los de Jesús (vv. 35 y 36). La norma del levirato ha sido impuesta con un fin preciso: «para suscitar descendencia» (v. 28). Detrás de la pregunta de los saduceos y en la perícopa evangélica está en juego, pues, la definición de la «resurrección». Por lo demás se trata de una disputa entre antiguos y modernos, porque los saduceos se acogen al sistema arcaico de una vida verdadera sobre esta tierra, en este tiempo. Lo que viene después de la muerte pertenece al mundo impersonal e impotente de las sombras, al dominio sin vida del *Sheol*. Todo lo que puede hacerse, todo lo que ha imaginado su Dios para limitar los daños, es la sucesión de las generaciones humanas. Sobrevivirás por tus hijos. Son ellos quienes llevarán tu nombre. Y si esto se hace realidad, conviene solo a los varones, a los padres y al hijo.

Si se lee atentamente el v. 33, se comprende el escepticismo de los saduceos. Si hay una «resurrección» distinta de la ofrecida por la Ley, el sistema desemboca en el disparate y el imposible.

.- Vv. 34-36: Esta unidad está compuesta por dos partes. La primera, vv. 34b-35, opone de modo simétrico y antitético los dos «tiempos» y sobre todo las dos categorías humanas: todos por un lado; los justos o elegidos, por otro. Nótese un elemento que se repite y estropea esta simetría: las palabras «y la resurrección de los muertos» (v. 35). La forma de la segunda parte de la unidad, v. 36, es menos armoniosa. Contiene, en efecto, en su primera mitad, dos proposiciones sucesivas, acompañadas cada una de un «pues/porque»: «porque no pueden ya morir» y «porque son iguales a los ángeles». Además, en su segunda mitad, la aserción «y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección».

¿Qué significaban al principio estos dichos atribuidos a Jesús? Aceptan la oposición judía de los dos eones, «este tiempo» y «aquel tiempo». Pero no la comprenden forzosamente en el sentido de una sucesión de períodos; tampoco la entienden de un modo atemporal como una designación de dos ámbitos o dominios, de dos reinos concomitantes, dos espacios más que dos tiempos, finalmente. Esta oposición contempla dos períodos que se solapan en parte. «Aquel tiempo» comenzó ya dentro de «este tiempo» (cf. Lc 16,8).

El caso del matrimonio en el que uno se compromete, o compromete a otros, es solo un ejemplo entre otros de la vida humana. Lc 17,27 menciona comer y beber, uno al lado del otro; Lc 17,28 alude codo con codo a la alimentación, al comercio, la agricultura y la construcción; Lc 17,34-35, al sueño, y luego al trabajo. No se critican tales actividades ni se expresa un juicio de valor sobre ellas. Son las expresiones de «este tiempo» de aquí (v. 34), «en los días de Noé» (17,26) y «en los días del Lot» (17,28) las que colorean negativamente la exposición y juzgan a los que se entregan a esas actividades.

¿Qué hay que entender por «no se casan ni las hijas son dadas en matrimonio»? La afirmación significa, primero, que las condiciones de vida de los elegidos difieren radicalmente de las del

común de los mortales. Sugiere luego no solamente un futuro después de la muerte o después del final de los tiempos, sino también un presente que puede calificarse como escatológico por anticipación. Implica finalmente una decisión y obligación ascéticas: los que han aceptado los nuevos tiempos y que han sido acogidos en ellos, como afirma Pablo en un pasaje paralelo que llama la atención por sus similitudes (1Cor 7,32-34), no se preocupan ya de este mundo, sino que se unen por entero al Señor. El autor de estas afirmaciones, Jesús o un profeta cristiano de los inicios, simplemente expresa una prioridad. Pablo prefiere el celibato, pero no se lo impone a todos. Uno no se casa, o una no es concedida en matrimonio, sino solo «como si». Puede también que el texto presuponga una práctica de los primeros siglos: después de haberse unido a la fe cristiana y tras recibir el bautismo, los fieles no deben cambiar su estado conyugal: no se celebran, pues, matrimonios cristianos, pero tampoco se disuelven los ya existentes. Es una manera de respetar la orden terminante del Apóstol: «Que cada uno siga ante Dios en la condición en la que se encontraba cuando fue llamado» (1Cor 7,20).

«Porque son iguales a los ángeles». ¿Qué se entendía entonces por ángel? Se trata de seres próximos a Dios, creados por este, y extraños al mundo material. Si respecto a ellos hubiere que hablar de una cierta corporeidad, esta diferiría totalmente de la de los humanos o de los animales. Por otro lado, los ángeles no están determinados, es decir, limitados por la distinción varón-hembra. Aunque son seres creados, es decir, llevan la señal de un comienzo, no esperan o temen ningún final. Como afirma Lucas de los que se les parecen, «no pueden ya morir» (v. 36). Su origen, como su existencia, dependen de Dios, el rey, y ellos forman su corte. Los ángeles facilitan las relaciones con una divinidad concebida cada vez más distante y trascendental. Como su nombre indica, son los «enviados», los «mensajeros» de Dios cuando este desea acercarse a los humanos para advertirlos, amonestarlos, protegerlos, castigarlos, consolarlos o prepararles un futuro dictado por la economía divina. Cuando no están cumpliendo una misión concreta, participan en el culto a Dios, desempeñando en las alturas la tarea que los humanos intentan cumplir sobre tierra, en el Templo o en las asambleas litúrgicas. Son estos los seres en los que piensa el autor de la frase «porque son iguales a los ángeles» (v. 36). La teología de esta frase no está muy alejada de la del apóstol Pablo. Este se halla convencido de que por culpa de Adán entró la muerte en el mundo y de que el pecado es universal (Rm 5,12-21). En su opinión, el pecado y la muerte son vencidos a la vez en Jesucristo. Los que creen en el evangelio de Jesucristo se convierten en nuevas criaturas: reencuentran la gloria que Adán había perdido en el momento de la caída (Rm 3,23). En la resurrección, los seres transformados o resucitados serán «cuerpos espirituales» (1Cor 15,44), es decir, serán, como los ángeles, personas con un cuerpo no sometido a la corrupción, vivificados por el Espíritu, que no ofrece ya posibilidad alguna a la muerte.

Al final del v. 36 Lucas se sitúa en otro plano e indica cuál es la identidad de los amigos de Dios. La primera expresión («hijos de Dios») pertenece al vocabulario religioso de Israel. Aquello en lo que los «hijos de aquel tiempo» se han convertido ha ocurrido por un acto de voluntad divina y no por naturaleza; por una decisión jurídica y no por un proceso biológico. La adopción es más que un acto forense: los «hijos de Dios» participan desde entonces de la vida divina. Esta es la transformación que evoca la segunda expresión «hijos de la resurrección». El semitismo «hijos de» señala un parentesco y una dependencia. Estos «hijos», es decir, estos seres humanos, provienen de este acto regenerador expresado por el término «resurrección»; dependen de ella, gozan de ella y participan de ella.

- Vv. 37-38: Una segunda respuesta de Jesús. La primera mostraba que la norma mosaica del levirato podía aplicarse solo a la vida terrestre y que todo ocurriría de muy distinto modo en el momento de la resurrección de los muertos. La segunda aborda de frente el tema de la resurrección, más precisamente el arraigo de esta doctrina en la Escritura.

Los saduceos se equivocaban de referencia bíblica. Según Lucas, Moisés habló bien y

detenidamente de la resurrección -lo que debería imponer silencio a las objeciones de los saduceos-, pero en otro lugar. Incluso «reveló» la cosa en el episodio de la zarza ardiente. Este «dice» es una revelación que habla del Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. El Dios que acaba de revelar su nombre es, pues, también el Dios de los patriarcas. La fórmula es solemne y repetitiva: «el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob», es decir el Dios de Israel, el Dios fiel a cada generación. La expresión corriente «Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» no designaba tanto al Dios adorado por los patriarcas como *al Dios que se hace cargo de Abrahán, Isaac y Jacob*. En este sentido, la cita bíblica da en el blanco. El razonamiento subyacente es el siguiente: si Dios protege a los patriarcas, si se preocupa de su pueblo, no va a dejar de hacerlo. Por consiguiente, los patriarcas, aunque estén muertos, no van a ser abandonados por Dios en las sombras del *Sheol*, sino que vivirán de nuevo gracias a la fidelidad divina.

Muchos exegetas han señalado que el texto invocado por Jesús jamás había sido citado antes por los autores judíos en favor de la resurrección. Pero este hecho no es asombroso: Jesús no formaba parte del mundo de la escuela rabínica. La argumentación del Jesús histórico pudo seguir caminos diferentes a los trazados por los evangelistas. Pero que Jesús haya replicado evocando una nueva condición de los resucitados parece probable.

La frase final de Jesús «Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos» hace explícito lo que la cita de Éxodo 3 muestra implícitamente. Resuelve el enigma..., pero ¡proponiendo otro! Porque si es legítimo decir que Dios es un Dios de vivos y no de muertos, esta réplica no responde a la cuestión acerca de los muertos que son innumerables, y finalmente... todos. Se resuelve el problema con la ayuda de un razonamiento implícito. Dios está ligado al «ser» por su nombre; por su naturaleza, está vinculado con la «vida». Él es, en efecto, el creador y permanece constantemente como protector y salvador de la vida de Israel. El verbo «vivir» en hebreo, además, está muy próximo al verbo «ser», tan presente en el nombre mismo de Dios. Los filólogos dicen incluso que en tiempos de Jesús los dos verbos se pronunciaban de la misma manera. Quien dice «Dios» dice, pues, también donador de la vida. Y como la muerte no es «natural» para Israel y para los cristianos, Dios no puede hacer más que oponerse a ese estado. Y por ello existe la fe en la resurrección, más precisamente la fe en la resurrección de los muertos (nótese el v. 35).

.- Vv. 39-40: Los escribas aplauden. La audiencia está dividida, sin embargo. Otros, sin duda los saduceos que habían promovido el debate, perdieron su soberbia seguridad, pero no quedaron convencidos. Simplemente no «se atreven» ya a plantearle más cuestiones. La palabra final, según Lucas, es que no tienen nada más que decir. Se callan.

## SEGUNDA UNIDAD (20,41-47)

.- Los vv. 41-44 y 45-47 representan dos breves unidades literarias, reagrupadas aquí *por razones prácticas*. La primera intercala una cita bíblica entre dos preguntas sobre el Mesías. La segunda constituye una advertencia. Los «escribas» interpelados en los vv. 46-47, o señalados con el dedo en el v. 39, unen entre sí las dos unidades que ahora comentamos y estas con la precedente (v. 39). La palabra «viuda» asegura la continuidad entre estas perícopas y lo que viene a continuación en el evangelio, Lc 21,1-4 (la ofrenda de la viuda).

.- V. 41: Al escribir: «Luego les dijo», Lucas piensa en «Jesús» y en los «escribas» que ha mencionado hace poco. En efecto, son los escribas de tendencia farisea los que insisten en el origen davídico del Mesías. El «cómo», que introduce la pregunta, es importante. La cuestión es saber «cómo» se interpreta este título. Todo apunta a pensar que esperaban un definitivo liberador humano, un descendiente de la familia de David. Es la opinión que el texto pretende

examinar, corregir y refutar.

.- Vv. 42-43: Este control y esta rectificación se realizan con ayuda de una cita bíblica. El texto del Sal 109(110),1, es la cita bíblica más difundida en el NT. Su éxito se debe a que permite situar codo con codo a Dios y al Mesías; sitúa uno respecto a otro como un Señor y otro Señor, lo cual cuadra con el nuevo credo cristiano (cf. 1Co 8,6, por ejemplo). El estar sentado a la derecha de Dios permite expresar también la resurrección de Jesús en términos de exaltación y poder. Frente a las críticas de los escribas, los cristianos presentan lo esencial: la resurrección y la exaltación pascual como legitimación de la mesianidad de Jesús.

Una de las críticas judías se refería al origen del Mesías. El evangelio de Juan la menciona: ¿puede acaso un nazareno ser descendiente de David? Haría falta que fuera judío a toda costa (Jn 7,40-44). A su modo, los evangelios de la infancia (Lc 1-2; Mt 1-2) y la genealogía de Jesús (Lc 3,23-38; Mt 1,1-17) responden a la misma objeción situando a Jesús en la familia de David y haciéndolo nacer en Belén. La expresión «de la descendencia de David» figura en el breve credo que cita Pablo al principio de la Epístola a los romanos (1,3).

.- V. 44: Jesús saca provecho aquí de la cita bíblica. Este provecho consiste primero en una constatación: «David lo llama Señor». El texto presupone que el Salmo 109(110) es mesiánico y que la interpelación «mi Señor» se refiere al Mesías. Esto se da por supuesto, y los primeros cristianos se niegan a contemplar otras posibles interpretaciones de este salmo.

El v. 44 prosigue con una pregunta. El texto es difícil y se enumeran hasta ocho interpretaciones diferentes. La pregunta equivale a una invitación a la reflexión cristológica. Deduce a su modo la consecuencia cristológica de la cita. Hasta que no tuvo lugar la resurrección la relación de Jesús con los títulos mesiánicos permanece discreta, incluso enigmática. De hecho, el texto lucano *explícitamente* afirma el señorío del Mesías con la ayuda del Sal 109(110),1, y sugiere *implícitamente* que el Mesías en cuestión no es otro que Jesús. Lucas proporciona en otro lugar de su obra la solución del enigma: al principio de su evangelio encuadra a Jesús en la familia de David a través de José (1,27; 2,4 y 3,23.31); le promete «el trono de David» (1,32); lo declara «poder de salvación en la casa de David, su siervo» (1,69); lo hace nacer en Belén, la ciudad de David (2,4). La duda, pues, no se justifica: según Lucas, Jesús en su identidad humana es el Hijo de David. Pero, por muy honorable que sea, David debe inclinarse ante el que es más grande que él, «su Señor».

.- Vv. 45-47: Tras los pasos de Marcos, Lucas une a esta disputa doctrinal de altos vuelos una advertencia a ras de tierra. Jesús dirige su discurso a sus discípulos. El binomio pueblo-discípulos representa simbólicamente la comunidad cristiana y sus responsables. El discurso de Jesús adopta la forma de advertencia («guardarse de»): la Iglesia es invitada a la prudencia. Pero la exhortación se acompaña de polémica. Dirigiéndose a los discípulos, Jesús ataca a los escribas que no pertenecen a la comunidad. En aquellos tiempos, la identidad propia se construía desprestigiando la identidad del «otro». La comunidad cristiana adquiere su unidad desmarcándose no del judaísmo en sí, ya que es de origen judío, sino de otras ramas del multicolor judaísmo de entonces.

Jesús condena tres actitudes: el orgullo, que se plasma en la arrogancia y en un comportamiento altivo; la avaricia, que se expresa en la explotación de los débiles; y la hipocresía, que recurre a la religión para seducir o impresionar. El exabrupto de Jesús describe de modo concreto la vida corriente de los escribas: el camino diario («caminar») conduce a estos señores «a las plazas», donde gozan de las exageradas saluciones de los aduladores. Cuando están «en las sinagogas», son sensibles al protocolo y a sus privilegios: aprecian los «primeros asientos». «En las cenas» a las que son invitados se arreglan para disfrutar de los «primeros puestos» o «primeros lechos» de los triclinios. Como si no bastara esta cuádruple

forma de arrogancia, Jesús añade la acusación doble de explotar a las viudas y practicar la hipocresía religiosa.

La viuda representaba en Israel a la persona debilitada por la defunción de su marido, aquella cuya protección demanda Dios a Israel. Es precisamente la categoría social que, en lugar de ser protegida, se encuentra amenazada por los escribas. No se dan más detalles.

El retrato de los escribas en oración no tiene tampoco más matices. Por su despectivo contenido se parece al del fariseo de la parábola (18,9-14), y se concentra en un vicio de doble faz. Una de esas caras está vuelta hacia Dios; pero en lugar de comportarse como modestos orantes, los escribas dan prueba de su amor por las apariencias. La otra cara tiene que ver con los humanos: en lugar de interceder por sus hermanos en peligro, los escribas utilizan su aparente piedad para hacerse admirar y respetar, e incluso para enriquecerse.

La crítica desemboca en un «juicio», que equivale aquí a «castigo», «sentencia condenatoria». La sanción será proporcional a la falta. Cuanto más graves sean los abusos, peor será el castigo («más severo», literalmente «más abundante»). Lucas piensa aquí en el juicio escatológico.

### TERCERA UNIDAD (21,1-4)

.- Vv. 1-2: El judaísmo, como otras religiones, había desarrollado un sistema de ofrendas. Estas podían ser recogidas en el Templo, como en este caso, y servían para sostener las necesidades del culto. Podían también ser recibidas fuera del Templo para permitir la asistencia social, en particular a viudas y huérfanos. La literatura rabínica menciona en el Templo trece cepillos en forma de trompeta para recoger las ofrendas. Uno de ellos llevaba la leyenda: «Oro para cubrir el arco». Era posiblemente en ese cepillo en donde los ricos depositaban sus limosnas. Al parecer no había ningún cepillo destinado para una ofrenda tan modesta como la de la viuda. Esta debió depositar, pues, sus dos céntimos en uno de los seis cepillos destinados a las «ofrendas voluntarias».

Es sorprendente en este pasaje la frecuencia en el empleo del verbo «lanzar»/«echar»: ¡cinco veces en pocas líneas! ¿Representa una torpeza del narrador o corresponde a una intención por su parte? Las repeticiones no son tan torpes. La atención de los lectores no debe distraerse por una variedad de verbos: se trata siempre del mismo gesto. Quienes cambian son los que lo hacen, lo que implica el gesto por su parte y el importe depositado.

Hay sin embargo otra repetición de Marcos que Lucas evita: la del adjetivo «pobre». Lucas prefiere un adjetivo más rebuscado: «indigente». En griego hay diferencia entre estos dos adjetivos; «pobre» designa al que no posee nada y no puede hacer otra cosa que acurrucarse de vergüenza, y a veces mendigar. «Indigente» designa al que debe trabajar para ganarse el pan, y además al menesteroso, pobre o pordiosero. Alternando «indigente» y «pobre», Lucas quiere evitar la monotonía, pero señala posiblemente también, discretamente, que esta viuda apenas puede sobrevivir.

.- Vv. 3-4: Con solemnidad, Jesús declara que la viuda ha dado más que los demás. La palabra de Jesús posee una doble energía: constata y evalúa; se sitúa al nivel de los hechos, luego en el de la interpretación. Saca primero del silencio un gesto asfixiado por una sociedad que se basa en las apariencias y respeta a los ricos a causa de sus riquezas. Expresa luego la verdad («en verdad os digo», v. 3) sobre la carencia y la abundancia, sobre la riqueza del pobre y el don de su vida (v. 4b). Como contrapunto, deprecia implícitamente los dones que vienen de la abundancia y lo superfluo.

Más allá de la constatación de sentido común (hay pobres más generosos que los ricos), Lucas desarrolla un tema que le es muy querido: *compartir los bienes y donarse a sí mismo*. Como en las Bienaventuranzas, se opone a los ricos, cuya abundancia no se discute. El evangelista elabora lo que es realmente la existencia de la viuda. Sabe por supuesto que la moral judía y la

cristiana protegen a tales mujeres. Pero no es esta moral la que está en juego en el episodio. La viuda no aparece en él como objeto de una solicitud necesaria, sino como tema ético. Por supuesto -y es ahí donde se pasa del punto de vista humano al divino-, el acto de la viuda es excesivo (no le quedará nada para vivir), absurdo (el Templo puede muy bien pasar sin esos dos céntimos) e incluso imposible (¿cómo podemos dar lo que no tenemos?, ¿cómo sacar algo de la «escasez»?). Pero he aquí, según Lucas, que la existencia cristiana no es razonable, ni incluso realizable. Pero esto no cambia nada: al dar todos sus bienes, toda su vida, es como la viuda llama la atención de Jesús, de un Jesús que la ama, y que no tiene intención de irritarse contra los funcionarios del Templo. Llamar la atención de Jesús es como si ella «viniera a él» o «escuchara sus palabras» (6,47); como si obtuviera la vida eterna. La salvación para Lucas no está relacionada solamente con la redención por la cruz y la resurrección, sino también con el ministerio de Jesús y con la actitud que adoptan frente a él sus interlocutores. Como Cristo, que era rico, se hizo pobre para enriquecer a los pobres humanos (2Co 8,9), también la viuda sacó provecho de su indigencia, y de su pobreza suscitó la abundancia. La viuda ha depositado «más». No es simplemente una lección de moral lo que Lucas extrae de este episodio, sino también una lección de teología.